

20
CTS

CARMEN
LARRABEITI
FELIX DE POMES
JULIO PEÑA

Esclavas
de la moda

LA NOVELA
DEL KINE
MODERNO



HOWARD, David

Víctor
BIBLIOTECA DEL CINE MODERNO

ESCLAVAS DE LA MODA

()
Interpretada por:

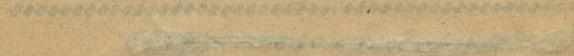
Felix de Pomes y Carmen Larrabeiti

•••••••••••••

Argumento de la película Fox

ESCLAVAS DE LA MODA

ESCLAVAS DE LA MODA



ESTRATEGIA DE LOS MEDIOS

MORTÓN Y JULIA A CANTO DE FELIX DE POMES

ESTRATEGIA DE LOS MEDIOS

MORTÓN Y JULIA A CANTO DE FELIX DE POMES

ESCLAVAS DE LA MODA

REPARTO:

Mortón

FELIX DE POMES

Julia

CARMEN LARRABEITI

I

En un barrio del Este de Nueva York, existía una pequeña tienda de modas a cuyo frente se hallaba Julia, una mujer de carácter valiente que aspiraba a llegar a tener algún día un gran establecimiento. Pero aquél negocio en barrio tan extremo, no producía grandes beneficios para poder suponer que un día pudiera convertirse en el establecimiento soñado por su propietaria y los días sucedíanse grises para aquella mujer, cuya ilusión suprema era ver asegurado el porvenir de su hijo. Por él, sentíase capaz de todo y aunque su esposo, un hombre prudente y moderado

que no era muy proficio a sentirse esperanzado por las ilusiones de su esposa, contenía los razonamientos de ésta, aconsejándole prudencia. Mas no contenía Julia por eso sus afanes. Creía más en las cartas que en su esposo, y con ellas consultaba la posibilidad de ver realizados sus deseos.

Un día en que se hallaba echándose así misma las cartas, entró en la tienda Mario, su pequeño hijo, llorando y pidiéndole un peso porque le habían quitado otros muchachos una moneda. Su madre le dijo:

—Aprende a defenderte tú, hijo mío, porque no tendrás siempre a tu madre para que acuda en tu ayuda.

Salió el chiquillo dispuesto a hacer lo que su madre le decía, y ella, con esa infinita expresión de cariño que sienten las mujeres por el fruto de su vientre, se le quedó contemplando unos instantes. Por él había de triunfar y por él se hallaba dispuesta a todo.

La baraja, una vez más, le indicaba que había de ir adelante, y como no le faltaba audacia decidió llevar a cabo su propósito. No contaba con dinero, no tenía gran crédito, pero ¿qué le importaba a ella? Estaba dispuesta a triunfar, a salir airosa de la empresa y no titubeó ni un solo instante. El centro le atraía y llena de audacia se trasladó al Broadway.

No la recibió el Broadway con malos ojos. Era audaz, inteligente, y las circunstancias se amoldaban a sus antojos, cual si fueran materia maleable. Debía a todo el mundo; vivía del crédito, pero ¿qué representaba aquéllo para ella? En cambio, Mario, tenía de todo, disponía de todo lo que quería, habiéndole convertido en un distinguido estudiante de la Universi-

dad de Boston. No obstante, no fueron todo alegrías en la nueva conquista. Su esposo, poco tiempo después de haberse instalado en el corazón de Nueva York, se sintió herido de muerte y la dejó sola; pero no se desanimó por ello aquella mujer de carácter tan activo. Trabajó con más ahínco que nunca, crecieron sus ánimos, se multiplicaron sus energías, consiguiendo que, por fin, el negocio comenzara a salir a flote.

* * *

A la tienda de modas del Broadway, que Julia había montado, acudió lo más exquisito de la aristocracia neoyorquina.

Su fama fué extendiéndose poco a poco, siendo visitada por los grandes millonarios y las mujeres más afamadas por su elegancia y belleza. Pero ninguna de las clientes había conquistado sobrepasar la belleza y distinción de Julia. En las sinuosas líneas de su cuerpo maravilloso, cualquier vestido, por sencillo que fuera, cobraba la esplendidez de la suprema elegancia. Los ojos, negros y serenos prestaban singular atractivo a su belleza y sus ademanes delicados, su charla amena habían conseguido atraer hacia su casa una clientela escogida.

Estaba satisfechísima, porque había triunfado, y porque su hijo, de ahora en adelante, podría codearse y alternar con los de las familias más acaudaladas. Y para que estuviese contento de su mamaíta, en cuanto el muchacho le escribió diciéndole que la mayoría de los condiscípulos tenían automóvil, le



—...y empezaron a desfilar por la gran sala.

compró un soberbio coche para que no tuviese que envidiar nada a sus compañeros.

Uno de los mejores amigos de la viuda, era Larry, un buen hombre respetuoso y sincero, apesar de que el afecto que sentía por Julia distaba mucho de ser el de una amistad desinteresada. La adoraba, pero con fuerza de voluntad suficiente para que no trascendiesen sus deseos; sabía ocultarlo y guardó su cariño en lo profundo del corazón.

Pero aquel día, Larry, que siempre había encontrado a Julia llena de optimismo, la halló muy preocupada.

Hallábase sentada en su despacho, dando vueltas y revueltas a un montón de papeles que estaban esparcidos por encima de la mesa.

—¿Qué es eso, Julia? —le preguntó—. Por primera vez en la vida la encuentro preocupada, y eso es impropio de su valentía y optimismo.

—Es que los acreedores ni siquiera me dan tiempo a pensar en excusas. Mire usted, cada uno de estos papeles quiere decir que he de pagar alguna cosa.

—Pero ahora no puede volverse atrás. Sólo falta trasladar los géneros. Ha comunicado a su clientela la nueva dirección...

Julia reaccionó rápidamente. Desde luego no había que dejarse abatir por tan pequeño motivo. Ella, que de un barrio del Este se había trasladado al Broadway iba a flaquerar ahora que ya lo tenía todo preparado para trasladarse a la Quinta Avenida!... ¡Claro que no podía ser! Aquello había sido solo un momento, pero nada más que un momento.

—Desde luego, no pasará esta semana sin que me halle situada en la Quinta Avenida!

—Ya sabía yo que usted, como de costumbre, acabaría por ir siempre adelante.

—¡Claro!... —afirmó ella con convicción.

—Además, voy a aumentar su optimismo. Le traigo una buena noticia.

—¿Alguna venta importante?

—No, se trata de que hemos ganado en las carreras. El caballo elegido por usted fué el vencedor.

—¡Oh, magnífico, Larry, magnífico!— Mañana apúéstelo todo por "Vesubio".

—¿Por "Vesubio"? ¡Pero si ese caballo ni ha ganado ni ganará nunca!....

—Pues me dice el corazón que esta vez ganará. Verá usted como tengo razón.

Estrajo de un cajón de la mesa las cartas que eran, a su juicio, las mejores consejeras y dijo:

—Del siete al rey, quiere decir que ganará "Vesubio"; del uno al seis que no ganará.

Barajó, volvió una carta y era el siete.

—¿Ve usted?

Comprendiendo Larry, que serían inútiles cuantos esfuerzos hiciese por convencerla y sabiendo de antemano que haría cuanto le indicaban las cartas no buscó mayores razonamientos.

—Con esto tendrá usted para pagar a los carpinteros—le dijo sonriendo.

—Y lo demás ya veremos de dónde lo sacamos. Todo se arreglará.

—Lo demás se lo producirá el mismo negocio si sigue usted mis consejos.

—No me hable de "eso", Larry. Ya sabe que no puede ser. No me creo con derecho a imponerle un padrastro a mi hijo—afirmó con suavidad.

—No me refiero a eso, Julia—repuso Larry con resignación—. Ya sé que usted quiere dedicar su vida entera a su hijo y yo le aplaudo. Una madre así merece la admiración de todos. Es el de usted un magnífico sacrificio que todas las madres debieran imitar.

—Entonces—le rogó con una sonrisa—vengan esos consejos que le agradezco por anticipado.

—Pues ahí van. Usted se ha preocupado de hacer clientes entre el elemento femenino sin pensar que es el hombre el que paga las facturas. Contra ellos es contra quien ha de ir. Invite a los maridos a sus exposiciones y dedique su preferencia a esos ricachos que testimonian su admiración regalando vestidos. Si hace usted eso, puedo asegurarle que su tienda en la Quinta Avenida será una lluvia de dólares.

—Es una gran idea—repuso Julia alegramente. Gracias en mi nombre y en el de mi hijo.

Julia no echó en saco roto la idea y estuvo pensando durante toda la noche en ella. Verdaderamente podía ser una lluvia de oro. ¡Por qué, pues, no hacer caso a Larry?

II

En la Quinta Avenida ya, el establecimiento de modas de Julia era el más sumptuoso de todos los estados. A él acudían las mujeres más elegantes y los hombres más adinerados y en él se encontraron un buen día Dora y Gaby.

Era la primera una encantadora muchacha, humildemente vestida, pero muy agraciada de rostro. La segunda, una de esas mujeres hermosísimas, llenas de desparpajo, vestida con grata desenvoltura y con todas las señales que evidencian a la mujer que ha vivido mucho.

Hacía tanto tiempo que no se habían visto que tu-

vieron ambas una verdadera alegría al poderse abrazar de nuevo.

—Pero, ¿qué es de tu vida, criatura? —inquirió Gaby con ademanes exagerados.

—Pues ya lo puedes suponer. Habiendo terminado la temporada, se han acabado los bolos de la compañía de revistas. Hasta octubre no tendré trabajo. El director me ha enviado aquí, donde dice que necesitan modelos.

—Pues entremos, que a lo mismo vengo yo.

Como ambas eran bonitas y vistosas fueron del agrado de Julia que las admitió en seguida. Dora, la muchacha tímida y modosita, de bucles de oro tuvo una gran aceptación entre los esposos de las admiradoras. Era bonita como el sol, sonreía de tal forma que no le fué difícil conquistar la atención de los riachos que habían convertido en tertulia los salones de madame Julia.

Aquel día, Julia presentaba una gran creación que había de hacer furor durante la próxima temporada. Los espectadores parecían haberse dado cita, porque se hallaba lleno y en sus ojos, acostumbrados a ver a las mujeres bajo los múltiples aspectos de la moda, habían encontrado en el modelo presentado una gran creación.

Cuando comenzaban a dispersarse las modelos y los espectadores a abandonar la sala, compareció Morton. Julia, atenta al negocio fué a recibírle con la más agradable de sus sonrisas. Por el recibimiento, advertíase que Morton era uno de los clientes más asiduos de la casa, y así era en realidad. De los más asiduos y uno de los hombres a quien Julia había de estar agradecida. Desde que él pusiera los pies en el

establecimiento, iba el negocio por el mejor camino. Hombre de cuantiosa fortuna no regateaba el precio del más caro vestido cuando se trataba de satisfacer un capricho, y eran tantos los vestidos que le había comprado en el poco tiempo que llevaba establecida en la Quinta Avenida, que Julia le rendía todos los honores. Además, no había tenido inconveniente alguno en adelantarle algunas cantidades cuando las "cosas" le apremiaron, llegando inclusive a prometerle colocar a su hijo en su despacho en cuanto hubiera terminado la carrera, y Julia sólo esperaba la llegada de su hijo, hecho ya hombre, para comunicarle la feliz nueva.

Con aquella sonrisa que tantas simpatías le había valido, reprendió al millonario por su tardanza; pero él, adsorbido en la contemplación de Dora que en aquel momento exhibía un atractivo modelo, le preguntó sin hacer caso de sus palabras:

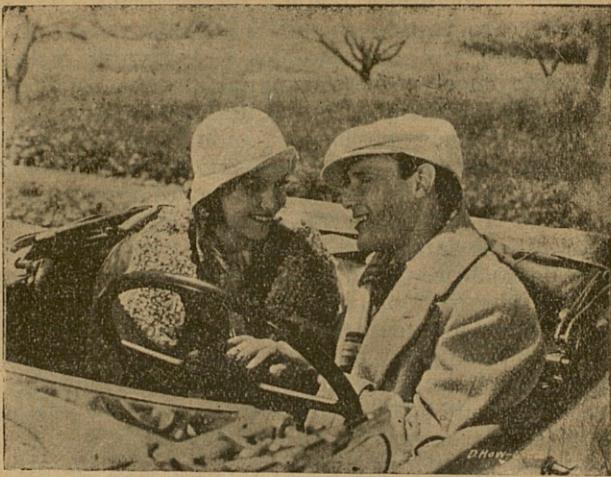
—Pero, ¿de dónde ha sacado usted aquella preciosidad, Julia?

—Ha venido esta tarde por primera vez. Me la ha recomendado el director de una compañía de revistas. Eso es todo lo que sé de ella... Pero, dejemos eso. Acompáñeme a tomar el te. Hemos de hablar de mi hijo, Morton, que está a punto de llegar.

—Perdóname, Julia. Después de lo que acabo de ver no quiero hablar de nada. Presénteme a aquella muchacha y vaya a recibir a su hijo. Otro día tomaremos el te juntos.

—Es usted incorregible, amigo Morton—exclamó Julia— y no voy a tener más remedio que complacerle.

A Dora le había gustado tanto el modelo que había



—...y fueron a dar un paseo en auto.

exhibido que, de haber tenido medios para comprarlo, no hubiese dudado un solo instante en hacerlo suyo. Julia le ayudaba a desvirtuarse y advirtió el anhelo de la muchacha, y, comprendiendo que a Morton no le disgustaría le dijo:

—Te gusta el traje, ¿verdad, Dora?

—Oh, mucho!

—Te gustaría que fuese tuyo.

—Oh!, Pero eso no puede ser...

—¿Por qué no?—le dijo la dueña con voz dulce.

—Porque no tengo dinero.

—¡Bah, tontuela, por eso no te apures! Si te gusta quedatelo y ya me lo irás pagando poco a poco ¿Te parece?

Dora titubeó unos instantes, pero era tan tentadora la oferta que la aceptó llena de alegría. Después fué presentada a Morton que le regoló con las frases más galantes de su repertorio mundano, invitándola a cenar con él, dándole medios de poder estrenar el maravilloso traje.

Julia dejó a ambos y fué a esperar a su hijo que había de llegar de un momento a otro, y cuando lo tuvo en sus brazos, cuando lo vió tan crecido, hecho ya un hombre sintió enloquecer de orgullo.

Regresaron a casa en auto y al pasar por delante de la tienda, observó que Morton subía en su automóvil detrás de una joven en la ella reconoció a Dora.

—Allí tienes a tu futuro jefe—le dijo señalándole a Morton.

—¿Aquel es Morton?

—El mismo.

—Me gusta más la joven que le acompaña. No nos ha dejado ver la cara, pero en lo demás es una preciosidad. ¿La conoces?

—Debe ser una de las modelos.

—Pero ¿era esa tu tienda?—preguntó el muchacho asombrado.

—Lee el rótulo—le indicó la madre con orgullo.

—¡Caramba! Pues es verdad. No me había fijado. Creo que tu tienda ha de gustarme mucho. Si todas las modelas son así va a ser cosa de visitarla diariamente.

—No te hagas ilusiones. El portero tiene orden terminante de no dejarte pasar.

—Pero, mamá...

—Es inútil que insistas. No te faltarán muchachas con las que alternar. Te presentaré a tantas que no vas a saber cuál es la más bonita.

—Te veo venir, mamá y te aseguro que no te vas a salir bien las cuentas. Niñas cursis a mí no. ¡Pues pronto quieras sacrificar mi independencia!... Además, si he de amar a alguna mujer, esa es una amiguita que tuve en Boston. Una delicia de muchacha. La llevaba al teatro en el automóvil, y dábamos largos paseos por el campo. Trabajaba en una revista, pero es un modelo de pureza.

Julia se quedó un tanto disgustada de la noticia, y le dijo:

—Es necesario que no vuelvas a pensar en esa muchacha.

—Pero si no la conocees, mamá.

—Me basta saber que trabaja en una revista para comprender que no es mujer para ti, Mario, hijo mío. Prométeme que la olvidarás.

—¡Bueno, mujer, bueno! No te pongas así. ¡Cualquiera diría que te he hablado de cometer un crimen.

—Tú no puedes comprender, Mario—le dijo su madre—. Tú no sabes lo que para mí significaría que hicieses un mal matrimonio. Toda mi vida, desde que tú naciste se ha reducido a una lucha constante para que no sufrieras las privaciones que yo he sufrido. Tu porvenir ha sido mi única preocupación. Y ahora que creo tenerlo solucionado, solo Dios sabe a costa de qué sacrificios, quieras echarlo todo a rodar, malogrando tu vida con un matrimonio desdichado....

—Pero mamá, ¿quién te ha hablado de matrimonio? ¡Vaya una inoportunidad! Déjemos eso y hablemos de cosas más alegres.

En aquel momento llegaron a la puerta de su casa. Mario detuvo el auto, se quedó contemplando el edificio y pronunció:

—Mamá como se conoce que has prosperado.

—Pues todo ha sido por ti, Mario. Todos mis sacrificios, mis luchas, mis privaciones, han sido por ti, por proporcionarte un porvenir, un medio de vida.

—Y yo te lo agradezco con toda el alma. Te crees tú que no sé comprender que todo lo que llegue a ser era obra tuya.

Miró Julia a su hijo con embeleso y le estrechó entre sus maternales brazos llena de una alegría infinita.

III

Mario, tal como le había anunciado su mamá, se hallaba colocado en casa de Morton que había acogido al muchacho con entera simpatía. Joven y activo, con la carrera terminada podía ser un valioso elemento para la buena marcha del negocio y el millonario no dudó en concederle un cargo de importancia.

Julia, deseosa de ver a su hijo dentro de sus propias actividades, fué a visitarlo días después a su propio despacho. Mario acogió la visita con toda alegría.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir aquí, mamá?

—Es que he querido cerciorarme de tus progresos.

—Pues mira, mamá. Estoy triunfando en toda regla. El hombre de confianza de Morton ha quedado desplazado. He llegado a ser una especie de gerente con atribuciones ilimitadas.

Aquella noticia, para la madre, fué un motivo de orgullo. De su hijo no podía espararse otra cosa. ¡Si era tan listo!

—Y ahora, mamá—decidió el muchacho—podemos irnos a dar un paseo. He trabajado mucho y necesito distraerme.

—Tengo formado un plan—aclaró su madre—. A ver que te parece. Daremos un paseo en auto, cenaremos pronto e iremos a algún sitio donde podamos bailar.

—Magnífico!—exclamó Mario—. Para formar planes eres la única.

Trazado el plan y conformes ambos lo pusieron en ejecución. Cenaron, se arreglaron y fueron a un restaurante aristocrático, a pasar la velada bailando.

Mas apenas entraron en el salón, Mario dió un grito de júbilo. Julia, no comprendiendo buscó el objeto siguiendo los ojos de su hijo y descubrió a Morton bailando con Dora.

—¿Te asombra encontrar aquí a tu jefe?

—No, mamá; lo que me asombra es encontrar aquí a la que baila con Morton.

—¿La conoces?

—¡Claro!

—¿Quién es?

—No sé cómo explicarte, pero... Es aquella amiguita mía de que te hablé al regresar de Boston.

Aquella noticia desconcertó a Julia. Jamás hubiera podido suponer que Dora fuese la mujer en quien su hijo había cifrado tantas ilusiones, y, al saberlo, un gesto de contrariedad se produjo en su semblante. Trató en vano de sacar allí a su hijo; pero era demasiado tarde. Dora se había detenido al ver a Mario, y también, como él, había lanzado una exclamación de sorpresa.

Morton, un tanto extrañado y sin comprender lo que aquello significaba, le preguntó:

—¿Qué le sucede, Dora?

—Que acaba de entrar Julia acompañada de Mario.

—Claro, como que es su hijo. ¿Le conoce acaso?

—Mucho. Somos muy buenos amigos. ¿Quiere que vayamos a saludarlos?

—Por qué no?

Tanto Mario como Dora se saludaron afectuosamente y en ambos, se reflejó una satisfacción sin límites. En cambio, tanto Morton como Julia, no parecían muy satisfechos de la alegría de los muchachos.

Apenas comenzó un bailable y con la venia de Morton bailaron los dos jóvenes. Tenían ganas de charlar, de decirse muchas cosas, de escapar a los ojos de los que les miraban y se perdieron entre el laberinto de parejas, felices de poder abrazarse después de tanto tiempo.

Morton no se hallaba muy tranquilo. El baile le parecía demasiado largo, que se dormían los músicos...

—Cuánto tardan—pronunció.

—En efecto—repuso Julia.

—Parece que la amistad que media entre ellos es más íntima de lo que hemos sospechado.

—Así parece—confirmó ella.

Morton, un poco amoscado por aquel laconismo, se expresó con claridad.

—Supongo, Julia, que no le interesará a usted que su hijo se case con una muchacha de la clase de Dora.

—Me disgustaría enormemente—exclamó la madre con un gesto afirmativo.

—Pues, entonces, nos hemos de aliar para evitarlo. Es necesario.

Callaron. Morton dispuesto a no dejar que se le escapara la tierna presa. Julia convencida de que aquella amistad debía acabar cuanto antes, pues ni le convenía a su hijo ni a ella si quería conservar el trato beneficioso del millonario.

Se levantó él y fué en busca de Dora para llevársela consigo. Mario inquirió de su madre la clase de amistad que unían a Morton con la muchacha, y Julia se la explicó de un modo ambiguo, pero lo suficientemente claro para que el muchacho se diese cuenta.

Pero se equivocaron ambos. Mario y Dora habían hallado en aquella amistad el complemento de sus vidas y sólo fueron capaces de pensar en el día siguiente en que habían quedado citados.

En vano trató Julia de convencerle que Dora no era muchacha que reuniese condiciones para hacerle feliz. Mario la quería y la conocía a fondo y luchó contra su propia madre tratando de deshacer las absurdas suposiciones que se había hecho enderredor de la honestidad de Dora.

Convencida, pues, la madre, de lo difícil que iba a ser convencer a su hijo, ideó un plan no muy digno de ella, pero perdonable, al fin, si teníamos en consi-



—Supongo Julia que no le interesará.....

deración que lo que trataba era consolidar el porvenir de su hijo. Así es, que, aprovechando una oportunidad rogó a Dora que acudiese a su despacho.

Se presentó la muchacha, sonriendo y con la convicción de que se le iba a notificar algo agradable, quedando sorprendida desde los primeros instantes del tono en que le hablaba la que hasta entonces había considerado como su bienhechora.

—La he mandado llamar, querida, porque mi negocio atraviesa un momento difícil y necesito liqui-

dar con urgencia todas las cuentas pendientes. ¡Recuerda usted que me debe dos vestidos? Pues bien, le ruego me los pague.

La muchacha se quedó estupefacta. ¡Qué medios tenía ella para poder satisfacer la demanda que se le hacía?

—El caso es...—balbuceó torpemente—que no tengo dinero. El mes que viene comenzaremos los ensayos y entonces, si me concede usted ese plaza, comenzaré a pagarle.

—¿El mes que viene? ¡Y empezar a pagar? No, amiguita mía. Yo lo siento mucho, pero necesito cobrarlo todo de una vez y esta misma semana.

—Pero si no es posible, si yo no tengo dinero—afirmó Dora compungida.

—Pero quizás pueda encontrar usted quien fácilmente se lo preste. Perdóneme que le hable así, Dora, pero mi negocio está en peligro y he de hacer todo lo posible para evitar una catástrofe. Le doy toda esta semana de tiempo para que pueda pagarme su cuenta. Le aseguro que, aunque sea muy triste confesarlo, no puedo esperar ni un día más.

—Pero... si no es posible, si yo no puedo.

—Perdóneme, querida, tengo mucho trabajo y no puedo dedicarle más tiempo. Le agradeceré con toda el alma que no se molestara por mi manera de hablarle.

Dora no sabía que resolución tomar. Aquel golpe era superior a sus escasas fuerzas y cuando regresó a su casa se recostó abatida en un sillón. Gaby le preguntó:

—¿Qué te sucede, Dora? ¿Estás disgustada? ¿Te sucede algo malo?

Comprendiendo que era necesario desahogarse con alguien, Dora se lo explicó todo a su amiga y ella le dió la solución.

—Aquí no hay más que un medio:

—¿Cuál?

—Pedirle ese dinero a Morton.

—¿A Morton? ¡Oh, no de ninguna manera! ¡Qué pensaría de mí!

—Eres la ingenuidad personificada, querida. ¿Crees que Morton piensa bien de ti aunque nunca le hayas pedido dinero?

—¿Qué derecho tiene a pensar mal?

—Derecho, ninguno; pero ten en cuenta que desde hace dos meses estás recibiendo a diario flores tuyas y aceptando con frecuencia invitaciones para cenar en su compañía. Tú no tienes un céntimo; él millones. Si esto es pensar bien que venga Dios y lo vea.

—Pues si es para pensar mal no volveré a hacerlo.

—Has de obrar rápidamente si noquieres que Julia te denuncie. Eso es lo único importante ahora.

—Pero ¿qué puedo hacer?

—Ya te lo he dicho.

—Esa es la única solución que no puedo aceptar. ¿Qué diría Mario?

—Y qué diría si fueses a la cárcel?

Comprendiendo Dora que era incapaz de dar solución por sí sola a aquel conflicto se refrigió en sus lágrimas. Ella no tenía culpa ninguna. Julia le había ofrecido los trajes sin interés alguno y ahora...

—Mira chica, deja esto de mi cuenta y ya verás que pronto lo arreglo.

—¿Qué vas a hacer?

—Ahora vas a verlo.

Poco después, Gaby se hallaba hablando por teléfono con Morton.

* * *

Enterado Mario de que Dora se hallaba presa de un serio disgusto, se apresuró en ir a verla, pero cuál no sería su asombro al ver llegar, poco después que él a su jefe.

Dora, confusa, se le quedó mirando llena de azoramiento, presintiendo la escena que se iba a desarrollar estando Mario delante. Se esforzó en aparecer tranquila y sólo consiguió decir:

—No le esperaba, Morton—. Pero éste, sin hacer gran caso del nerviosismo de la muchacha aclaró:

—Gaby me ha hecho una petición en nombre de usted y yo me he apresurado a servirla personalmente para que vea usted cuánto me interesa ayudarla.

Extrajo un sobre del bolsillo de la americana y lo puso en manos de Dora que, con los ojos muy abiertos por el estupor y la vergüenza, miraban a Mario. Este, perplejo y amenazador, como quien acaba de descubrir una falta muy grave se adelantó pronunciando con voz ronca:

—¿Qué significa eso? Dame ese sobre.

—¿Y quién es usted para mezclarse en nuestros asuntos, joven?—preguntó Morton.

Mario, sin contestarle recogió el sobre que le alargaba Dora y abriéndolo vió que contenía un cheque por valor de mil quinientos dólares.

—¿Qué significa esto?—volvió a preguntar nerviosamente.

—Esto significa—contestó Morton—que a veces es peligroso entregar el corazón a una mujer sin enterarse previamente de los compromisos que ella haya podido contraer. Ustedes, los jóvenes recién salidos de una Universidad, creen que una mujer puede vivir de amor solamente. Pero la vida, con sus exigencias, da la debida réplica a esos sueños pueriles.

Dora, indignada ante aquel discurso que comprendió su entender, exclamó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Prengúnteselo a los cheques—manifestó el millonario con ironía.

—Usted no tiene derecho a hablarme en ese tono. Le prohíbo que vuelva a dirigirme una palabra humillante.

Morton, que había supuesto ya a la paloma rendida a sus pies pronunció con renor.

—¡Ea! ¡Esto es ya demasiado! Aquí por lo visto, hay que hablar sin rodeos. ¿Cree usted que los favores que yo le he hecho no han de ser pagados de ningún modo? ¿Acaso soy su padre para sacrificarme por usted desinteresadamente? No pretenda hacerme creer que su ingenuidad llega a tanto.

—¡Basta!—gritó el muchacho poniéndose entre los dos y rompiendo el cheque—. Salga usted inmediatamente de aquí.

—¿Quién es usted para permitirse darme órdenes?

Mario miró a Dora con ojos que pedían una explicación y la muchacha dijo valientemente:

—Lo que diga Mario bien dicho está. El es el único capaz de comprenderme.

Morton se estremeció de ira. Comprendió que no tenía más remedio que marcharse, y salió, pero antes le dijo al muchacho con voz amenazadora:

—Se arrepentirá usted, joven, de haberse interpuesto en mi camino.

IV

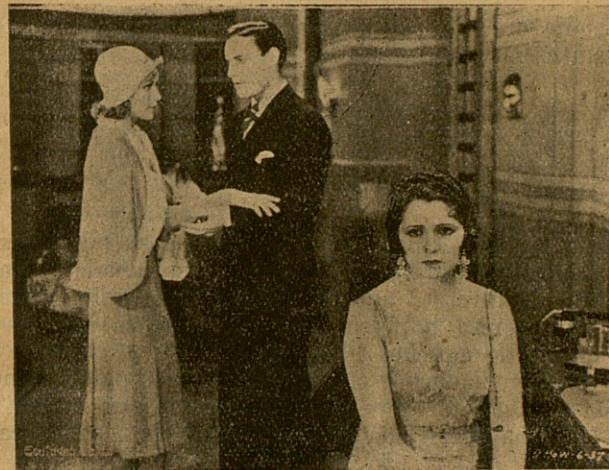
Con voz trémula, llorando copiosamente, Dora explicó a Mario todo lo que había ocurrido. Ella era buena, y jamás había tenido pensamientos semejantes, pero...

Avergonzada le relató todo lo que había pasado, su deuda, la necesidad que tenía de pagar a aquella modista—no le dijo el nombre de su madre—, explicándole en qué forma se los había quedado. Si se había quedado con ellos había sido a instancias suyas y ahora le exigía el pago sin darle apenas plazo.

—¿Conoce a Morton esa mujer?—. Afirmó ella y continuó él: Entonces es claro. Lo que trata tu modista es de emistarte hacia Monton. Esa mujer no puede ser buena. Me gustaría conocerla.

—¡Bah, no consiguirías nada!—le indicó ella que procuraba por todos los medios que no supiese que se trataba de su propia madre—. Pero yo tengo que resolver esta situación.

—No te preocupes por eso, recurriré a mi madre y ella nos sacará del apuro.



—¿Quieres dejarme a solas con tu madre?
—le dijo a Mario.

—No, a tu madre, no, Mario—exclamó alarmada—. Creo que no le van bien los negocios.

—¿Quién dice eso? Si tiene una suerte enorme. La próxima semana ganó en la bolsa treinta mil dólares. Esperáte que vuelvo en seguida.

Dora quiso detenerlo, pero el muchacho había salido tan inopinadamente que no llegó a tiempo. Además aquella declaración la había aplanado. ¿Sería cierto lo que decía Mario? Había sido todo una estratagema de la madre para apartarla del hijo? No

lo podía creer y ¡no obstante!... En aquel momento se sintió muy desgraciada.

* * *

Apenas llegó a casa, Mario abordó a su madre explicándole el caso en que se hallaba su amada y tratando con dureza a aquella mujer que se valía de tales tretas para impulsar a las muchachas honradas en brazos de aquellos libidinosos.

Julia, agobiada por el peso de aquellas palabras no sabía qué objetar. Por fin le preguntó con ansia.

—¿Te ha dicho ella el nombre de la... embauedora?

—No, pero te aseguro que me gustaría conocerla para decirle algo que no le iba a gustar oír.

La presencia de Dora inquietó aún más a Julia. Mario se acercó a ella preguntándole por qué había ido y ella le contestó con amabilidad:

—Porque quería hablar con tu madre. ¿Quieres dejarme a solas con ella?

Obedió el muchacho y quedaron las dos mujeres frente a frente.

—¿A qué ha venido usted aquí? —le preguntó Julia sin poder dominarse.

—A evitar que le diga a Mario faldades sobre mí.

—¿Por qué he de mentirle?

—No me extrañaría después de lo que ha hecho conmigo. Usted me ha dicho que no tenía dinero y

no es cierto. El juego está bien caro. Usted ha querido obligarme a pedir ayuda a Morton para contraer con él una deuda que me hubiera puesto a merced suya. Felizmente me he dado cuenta a tiempo. Su ardor sólo ha servido para aumentar el afecto que Mario siente por mí.

—Pero Mario no puede casarse con usted. Accedería a todo menos a eso.

—¿Y qué hará usted para impedirlo?

—Cualquier cosa. Todos los medios me parecen buenos para salvar a mi hijo.

—Perfectamente — pronunció Dora con indignación —. Ahora voy a decirle cómo me defenderé yo. Mi nobleza al ocultar a su hijo el nombre de la que pretendía obligarme al precipicio parece que no ha producido ningún efecto en su duro corazón. Pues bien, ahora le diré quién es mi acreedora. Ahora sabrá lo qué es, en realidad, su madre.

La fibra más sensible de Julia había sido tocada. Por su hijo había hecho todo y no podía consentir que su hijo, ahora le repudiara. Dora tenía razón, había sido indigna, pero que no supiera su hijo, que lo ignorara.

—Ha ganado usted —le dijo después de la batalla que se había desarrollado en su cariño. Ha ganado usted y no me pena, Dora. Verdaderamente, muy pocas habrían sabido defender su dignidad tan heróicamente como usted lo ha hecho. Eso dice mucho en favor suyo. — Y después, llamando a Mario extendió un cheque que le entregó diciéndole:

—Cuanto quieras pedirme para ella concedido está.

El corazón le saltaba a Mario del pecho y fué su alegría tanta que contestó diciéndole:

—Sólo una cosa voy a pedirte, mamá y es que la consideres desde este momento como mi prometida.

Julia le abrió los brazos a la joven que se cobijó en ellos, y lloró como hacía mucho tiempo no había llorado con satisfacción, con arrepentimiento. Y cuando los jóvenes se fueron radiantes de felicidad, Julia abrió el cajón de la mesa, extrajo las cartas y las fué echando por la ventana poco a poco. Se había acabado, por primera vez le habían engañado y por última vez sería. En adelante no iba a necesitar ya de sus consejos.

FIN

BIBLIOTECA DEL CINE MODERNO

Tomos por publicar:

ESCLAVAS DE LA MODA

por Carmen Larrabeiti y Félix de Pomés

VALSES DE ANTAÑO

por Gustau Frolich

PAGADA

por Joan Bradford

LA HORA FATAL

EL AMIGO DEL MARIDO

por Bárbara Burque

EL CARNET AMARILLO

por Lionel Barrimore

DAMAS DEL PRESIDIO

por Silvia Sidney

TODO UN HOMBRE

por Buck Jones

EL PECADO DE AMAR

por Dorotea Mortel

EL PROFUGO

por Lupe Vélez

LA PROXIMA NOVELA SE TITULARA

EL CARNET AMARILLO

por
ELISSA LANDI
LIONEL BARRIMORE

BIBLIOTECA DEL CINE MODERNO



ADMINISTRACION Y REPARTO EN ESPAÑA
Barbará, 9 — BARCELONA

15